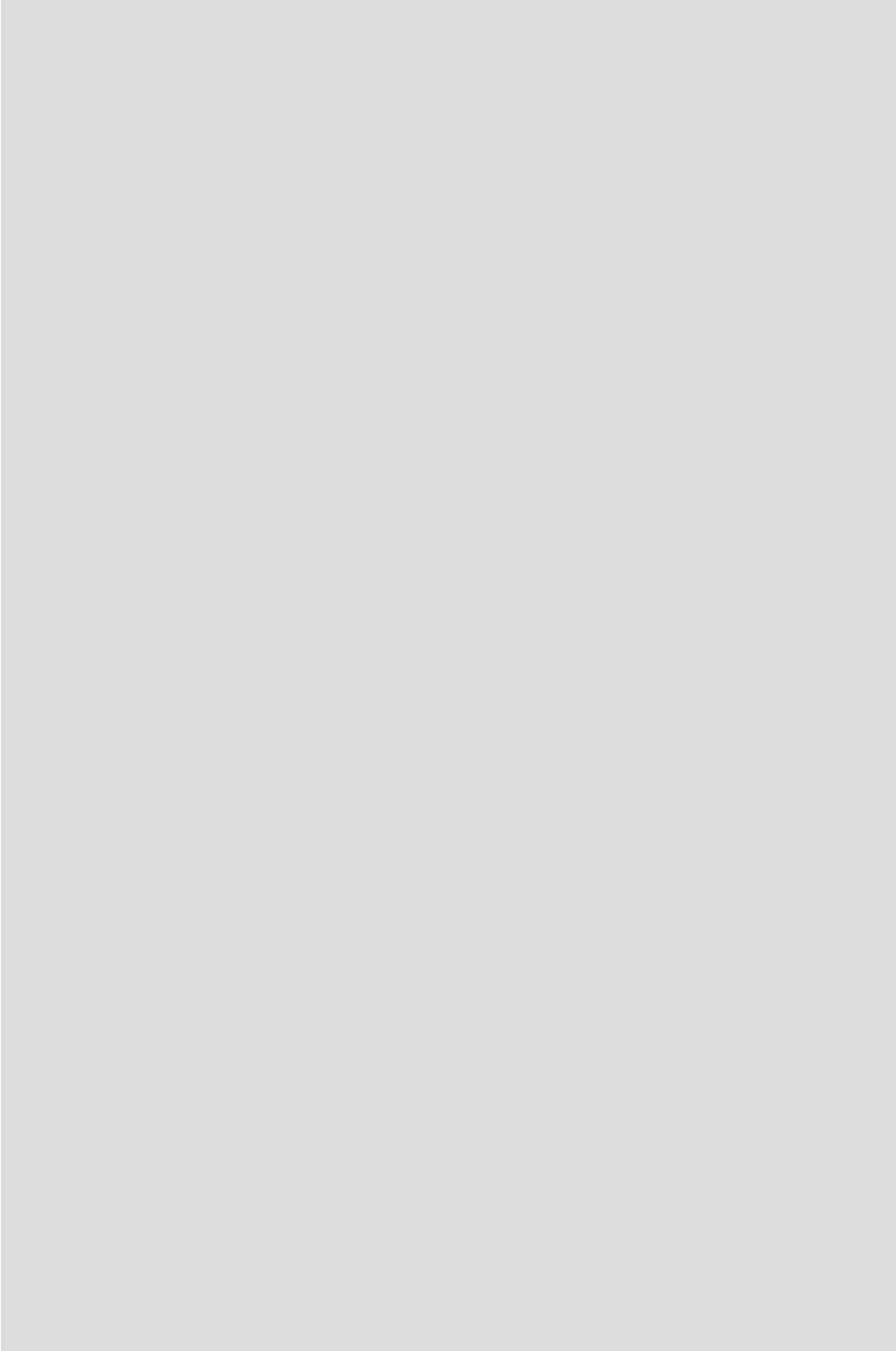


Cuidador de sueños

Ich Selbst



Capítulo 1

Cuidador de sueños.

De mi tiempo como gusano sólo recuerdo algunas cosas. Al atardecer, el ruido del viento mecía las nubes y al mirarlo podía verse a lo alto de las flores, donde cientos de animales se preparaban para su día, que recién comenzaba. No comía más que pasto pero, por extraño que suene ahora, jamás me molestó hacerlo. No era particularmente sabroso y sin embargo algo en mi cuerpo me hacía sentir bien con cada mordida que daba, podía gastar la tarde entera masticando.

Yo pensaba siempre, cuando se es gusano se tiene mucho tiempo para pensar. Pensaba en las aves, de las que hay que cuidarse mucho, pero también pensaba en mi vida como humano. De haberse acercado alguien a preguntarme si la extrañaba no habría vacilado al decir que no, y esto no era una mentira. Pensaba en las casas, los perros, el trabajo, los días en que me sentaba solo en una biblioteca desde que abrían sus puertas hasta que no había nadie más; pero todo ello era tan lejano como lo son los recuerdos insípidos de la infancia: el caminar en una plaza o un aburrido día de escuela.

Mientras fui humano me preguntaba con frecuencia qué sería al ser mayor. Imaginaba que en algún momento iría a algún edificio (no sé por qué sería, pero lo veía cuadrado y grande, lleno de escritorios como en las películas policiacas) y tras llenar unos papeles una gran computadora escupiría un trozo de papel con mi rol a desempeñar y que una mujer muy vieja iba a leer sin entusiasmo, acostumbrada al trabajo que tuviera que hacer desde joven hasta su jubilación que, de acuerdo a mí, debía suceder a los ciento ocho años: Cuidador de sueños.

No sé por qué, nunca supe qué hacía un cuidador de sueños y ahora que sé que esas cosas no existen tampoco imagino cuál sería su labor si lo hicieran, aun así, en ese entonces, con cada cosa que hiciera, fuera cepillar mi cabello o hablar con mis compañeros, no podía dejar de imaginarme como cuidador de sueños.

Tampoco es que los míos fueran interesantes. Como humano y como gusano tuve sueños que asombrarían a muchos, pero en general eran poco frecuentes y seguro no eran los más raros del mundo. Mis sueños en su mayoría eran a lo mucho regulones e iban desde un hombre que conducía (como humano), hasta morir en la boca de un ave (como gusano). Quizá fuera lo aburrido de mis sueños y mi deseo de tener sueños extraños más seguido lo que me hizo querer ser el cuidador de los sueños de otros.

Lo cierto es que mis recuerdos de sueños más vívidos los tuve mientras fui gusano. No fueron los más interesantes pero cuando se vive bajo esa forma la vida no es muy compleja. Recuerdo que con frecuencia me soñaba comiendo grandes cantidades de pasto o escapando de un ave. También tuve sueños inusuales de los que no vale la pena hablar. Sin embargo, hubo un sueño que me dejó pensativo durante muchos días y que me hizo decidirme a comenzar a vivir como humano.

En el sueño, yo corría por un pasillo muy largo mientras algo me perseguía. Mis dos piernas fallaban cada tanto y estaba con frecuencia a punto de caer. No me era posible voltear hacia atrás aunque sabía que de hacerlo el tiempo gastado iba a ser mi perdición. La huida se prolongaba por tanto tiempo que dejaba de sentir mis piernas, era sólo el miedo lo que las hacía moverse. Inmensas gotas de sudor surcaban mi frente mas, justo cuando iba a darme por vencido notaba varias cosas. Una de ellas era que en realidad no estaba cansado, la otra, mucho más importante, que no tenía recuerdo de cuándo había comenzado a correr. Me daba cuenta de esto mientras comenzaba a preguntarme si acaso existía aquello de lo que estaba huyendo, de no ser así no había razón para correr, aún si no llegaba a cansarme jamás. Me detuve entonces a esperar que algo ocurriera, espere durante meses, quizá durante muchos años pero jamás se acercó nada a mí, ni para hacerme daño ni para auxiliarme. Comencé a entrar en desesperación y a recorrer aquel inmenso pasillo, sabiendo que la única forma de despertar era llegar al su final, aquello, sin embargo, nunca sucedió y poco a poco fui perdiendo la cordura hasta que, al final, muy cansado, me quedé sentado recargado en una de las paredes hasta volver a dormirme, decidido que al despertar sería humano y encontraría la salida a aquel laberinto de una sola ruta.

Sobra decir, claro, que tampoco como humano llegué a encontrar aquello e incluso lo olvidé por completo durante mucho tiempo, es hasta ahora que me dedico a recordar que ha vuelto a cruzar mi mente. Debía estar muy cansado para creer que ya lejos de aquel sitio encontraría la salida. De mi tiempo como humano recuerdo mucho. Recuerdo atardeceres y amigos, el trabajo, la escuela y a mis padres. Era hijo único así que no experimenté qué es tener hermanos. Como gusano esas cosas no importan pero como humano puede dejar huella la ausencia de otros. Mi casa era como las demás casas, ubicada en una ciudad pequeña y corriente con las cosas usuales. A veces paseaba con mis padres y de vez en cuando trataba de ver cuánto tiempo podía ver al sol hasta que mi cuerpo me obligara a cerrar mis ojos, llenos de lágrimas por la intensidad de la luz.

Por cierto que mis sueños más extraños los tuve como humano, será que la vida es más complicada así. En alguna ocasión soñé con millares de cerdos que migraban. No eran jabalíes sino cerdos comunes, de aquellos que se crían como ganado. Avanzaban con torpeza, chocando unos con otros al moverse, todos en una sola dirección. Yo los veía desde el cielo y no había fin, una gran mancha rosa que abarcaba tanto como era capaz de mirar. En otra ocasión soñé que era un esclavo que construía un edificio, lo hacía sin cesar todo el día y cuando comenzaba a flaquear mi amo me golpeaba con un grueso y escamoso látigo que rasgaba mi piel y la llenaba de sangre. Sin embargo, jamás tuve aquel sueño del largo pasillo, de allí que lo olvidara con rapidez.

Viví una vida humana común y corriente, con sus tristezas y sus alegrías. Tuve accidentes y, por ejemplo, en una ocasión casi pierdo un brazo entero. Durante los veranos a partir de mis veinticinco años viajaba por un par de días a algún otro país y trataba de sacarle provecho a mis

posesiones. No puedo quejarme de aquella vida, pasaron cosas que debían pasar y tuve la suerte de que ocurrieran otras, en su mayoría buenas, que ocurren apenas a un muy reducido número de personas. Como ya lo dije, solía pensar que crecería para ser un cuidador de sueños aunque jamás supe en qué consistía aquel trabajo, todavía hoy paso largos ratos imaginando qué clase de sueños cuidaría. Creo que, siendo yo, tendría sueños favoritos aunque no me pertenecieran, los vería de lejos durante horas y sólo los repasaría de vez en cuando, temeroso de gastarlos o romperlos. Mi puesto sería cuidador y no dueño así que tendría posesión de ellos mientras sus propietarios legítimos no los requirieran y yo, al tener que despedirme de ellos sentiría una gran tristeza, aunque creo que al no poder cuidarlos más los olvidaría.

Qué clase de sueños serían es algo que apenas puedo comenzar a imaginar, tal vez serían muchas veces más extraños que los que llegué a tener incluso como humano. Tal vez un sueño sería sobre un hombre que se come la luna de a poco, o sobre tres tigres que vagaran por el mundo buscando a su dueño. Las pesadillas las tendría guardadas en un sitio especial y las voltearía a ver apenas cada tanto para cerciorarme de que continuaban limpias o secas o lo que fuera que tuviera que hacer con ellas. El miedo me cubre con sólo pensar qué clase de pesadillas serían las más espantosas, quizá cosas tan graves que me harían pensarme seriamente dejar el trabajo y dedicarme a algo más tranquilo.

A veces me pregunto si en mi siguiente vida existirá ese trabajo, si me seguirá importando tanto o si será como aquel sitio que olvidé durante tanto tiempo. Con tal de seguir soñándolo, quizá sea prudente volver a ser humano, aunque sea una vida tan corta como esta.

18/Dic/2015